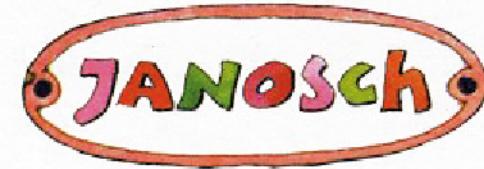


Janosch



CORREO  
PARA EL  
TIGRE





# Correo para el tigre

Estos textos e imágenes son solamente para uso educativo y están sujetas a derechos de autor.  
Ver referencias en la bibliografía del curso.

Título original: *Post für den Tiger*

Colección libros para soñar

© de la edición original: Beltz & Gelberg, in der Verlagsgruppe Beltz,  
Weinheim Basel, 1980

© del texto y de las ilustraciones: Janosch, 1980

© de la traducción: Eva Almazán, 2011

© de esta edición: Kalandraka Ediciones Andalucía, 2011

Avión Cuatro Vientos, 7 - 41013 Sevilla  
Telefax: 954 095 558  
andalucia@kalandraka.com  
www.kalandraka.com

Impreso en Gráficas Anduriña, Poio

Primera edición: junio, 2011

ISBN: 978-84-92608-10-2

DL: SE 3384-2011

Reservados todos los derechos

La historia de cómo el pequeño oso y el pequeño tigre inventaron el correo postal, el correo aéreo y el teléfono



kalandraka



‘Un día, cuando el pequeño oso se iba otra vez de pesca al río, el pequeño tigre dijo:

-Siempre que no estás me siento muy solo.

¡Escríbeme una carta desde allí  
para que me anime, anda!

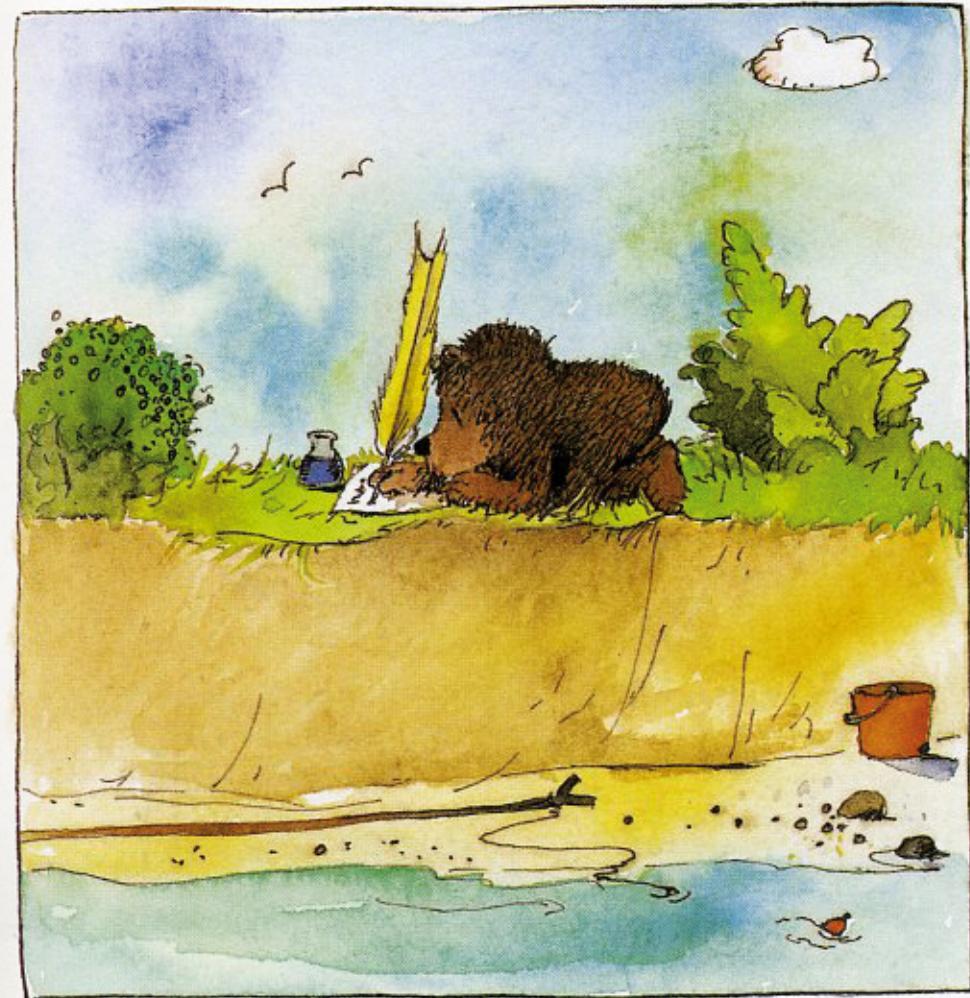
-Vale -dijo el pequeño oso, y se llevó  
un frasquito de tinta azul y una pluma de canario,  
porque con esas cosas se escribe muy bien.

Y también papel de carta y un sobre para meterlo.

Allá abajo, en el río, primero enganchó una lombriz  
en el anzuelo y después lanzó la caña al agua.



Luego tomó la pluma y con la tinta  
escribió una carta en el papel:



«Querido tigre:

Te comunico que estoy bien. ¿Tú qué tal? Mientras no vuelvo,  
ve pelando las cebollas y cociendo unas patatas, porque a lo mejor  
llevo pescado.

«Un beso de tu amigo el oso».

Después metió la carta en el sobre y lo cerró.

Luego todavía pescó dos peces: uno para comer y otro para poder regalarle la vida, para llevarse esa alegría; porque la alegría viene bien a todo el mundo.

Por la tarde recogió el pescado y el cubo, la tinta y la pluma, y también la carta, y regresó a casa.

¡Un momento, oso, que casi te olvidas la caña!



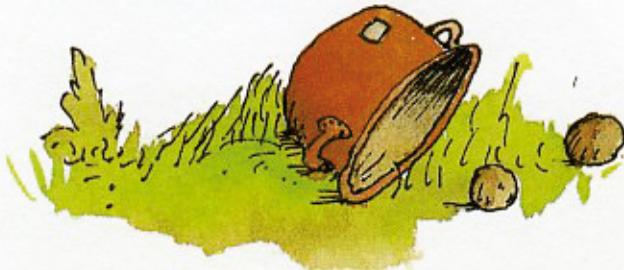
-¡Ay, sí, muchas gracias! -dijo el pequeño oso.



Cuando todavía estaba lejos, en la colina, se puso a gritar:

-¡Correeeee para el tigreeee! ¡Correeeee para el tigreeee!

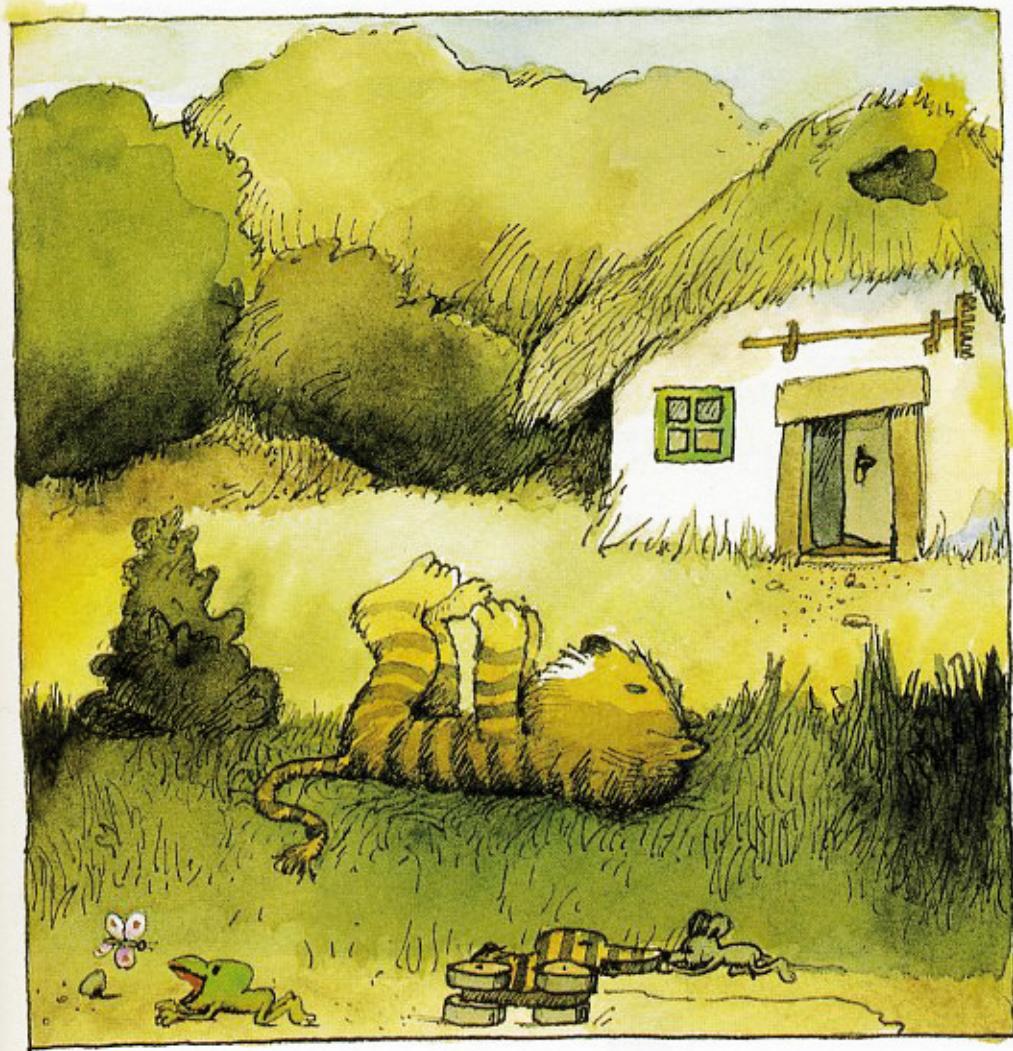
Pero el pequeño tigre no lo oyó,  
porque estaba tumbado detrás de la casa.



No había pelado las cebollas  
ni había cocido las patatas.

No había barrido la habitación  
ni tampoco había regado las flores.

No había tenido ganas de hacer nada,  
porque otra vez volvía a sentirse muy solo.



Y ya no quería saber nada de la carta.

Porque, total, para entonces el pequeño oso ya había vuelto a casa en persona.

Por la noche el pequeño tigre despertó al pequeño oso y le dijo:

-Tengo que decirte una cosa rapidito, antes de que te duermas. ¿Mañana me podrías enviar la carta un poco antes? ¿Por mensajero urgente, tal vez?

-Vale -dijo el pequeño oso, y al día siguiente se fue otra vez con todo el equipo. La tinta, la pluma, el papel, el sobre.



‘Pero también un sello.



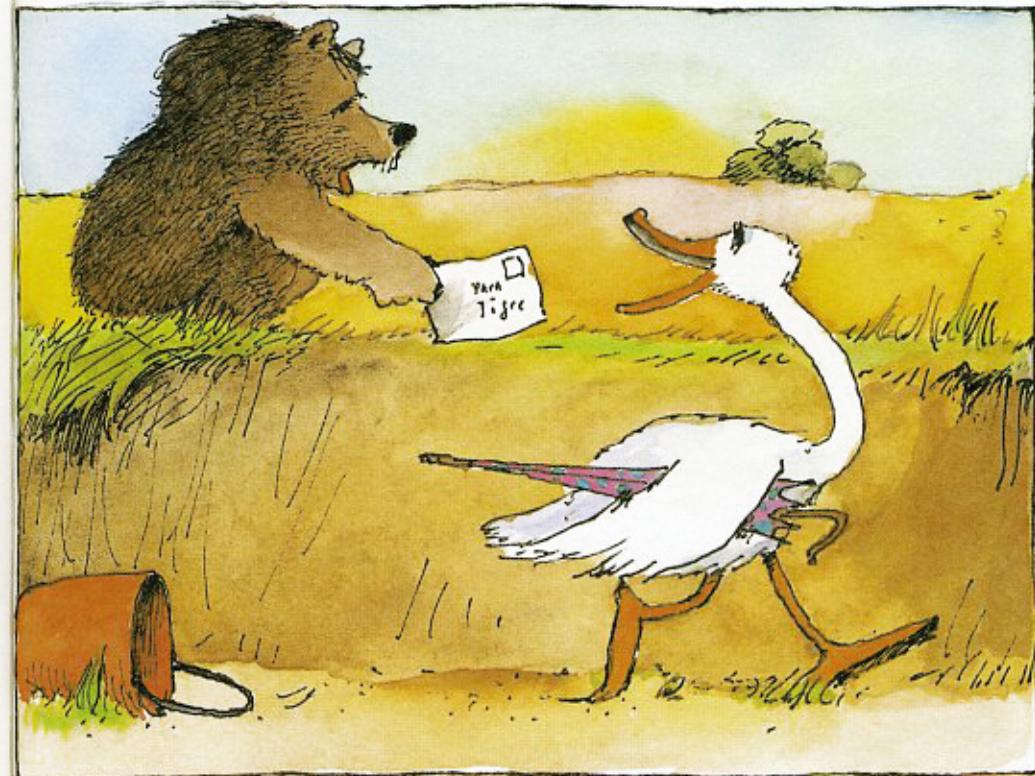
‘En el río volvió a poner la lombriz en la caña  
y la caña en el agua.

‘Luego se puso a escribir:

«Querido amigo tigre:

‘Haz lo mismo que te escribí ayer. Espero que te vaya bien.  
‘Un abrazo y un besazo.

‘Tu amigo el oso».



‘Entonces pasó por allí la oca elegante.

‘-Mire, ¿podría llevarme esta carta?

‘Es para mi amigo el tigre, que está en casa.

‘-Lo siento mucho -dijo la oca elegante-, pero  
tengo mucha prisa. Es que voy a un entierro.



Entonces pasó por allí el pez gordo.

-Mire, ¿podría llevar esta carta a mi...?

Pero el pez ya se había ido.

Los peces son rápidos como el rayo.

Y puede que también sean sordos.

Y entonces pasó corriendo el ratón veloz.

Él sí quería llevar la carta.

Pero resulta que se levantó un viento azul que hinchó la carta como si fuese una vela y por poco se lo lleva todo volando.

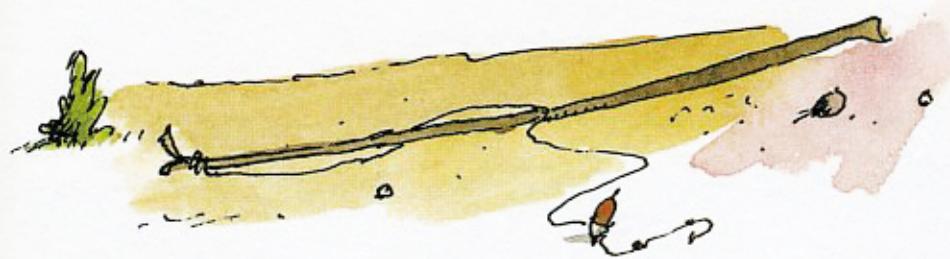


Entonces pasó por allí el zorro.

-Mire, señor zorro -dijo el pequeño oso-,  
¿podría llevar esta carta al tigre,  
que está en casa?

-¿Al tigre que está en casa? -dijo el zorro-,  
No, lo siento mucho, no tengo tiempo.  
Es que tengo que acompañar  
a la oca elegante a su entierro.

¡Ay, qué corta es la vida, pequeña oca!



Entonces llegó el elefante en la barca.



-¡Eh! -exclamó el pequeño oso-.  
¡Escuche un momentito!

Pero el elefante debía de estar dormido,  
porque no se movió.



El burro de la mochila  
tampoco quiso llevar la carta.  
Ni el hombrecillo narigón.



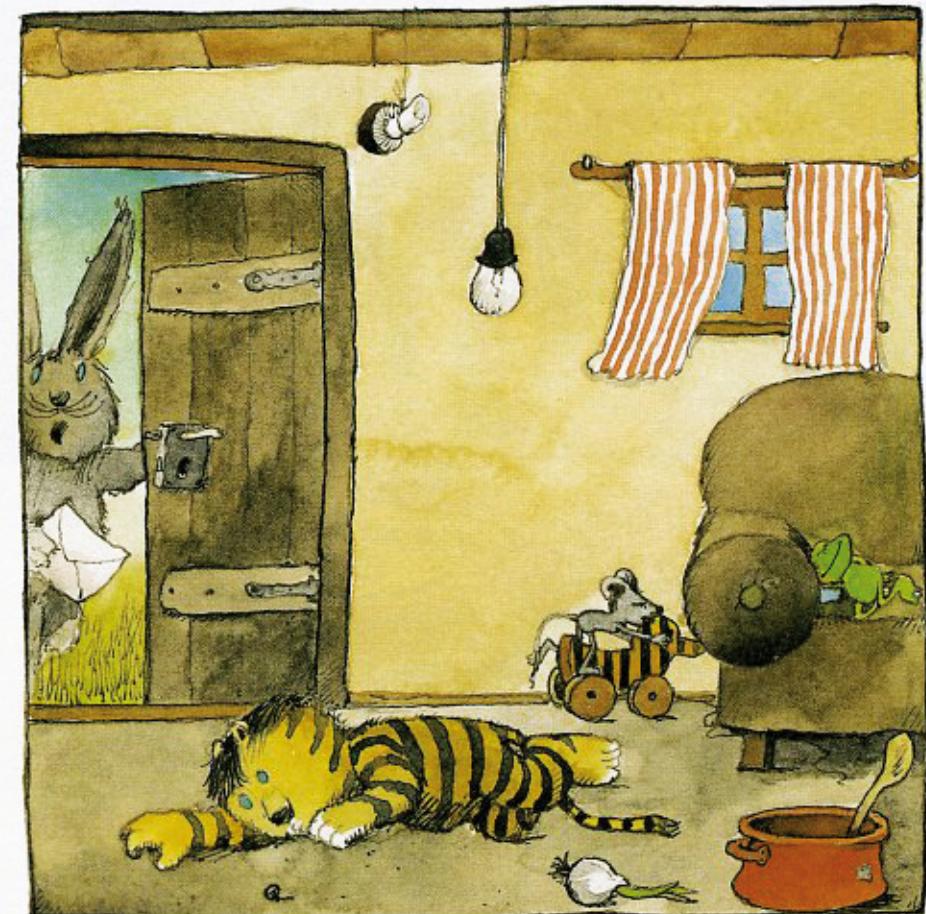
Pero entonces llegó la liebre de zapatos veloces.

-¡Traiga, traiga, señor oso! ¿Está la carta en su sobre? ¿Le ha puesto sello?

¡Y ahora a correr, liebre!

La liebre se echó a correr tan rápido como le corrían los zapatos, corre corre.

El pequeño tigre volvía a no tener ganas de hacer nada. No había pelado cebollas y no había cocido patatas. No había barrido la habitación y ni siquiera había encendido el fuego de la estufa.



-¡Correo para el tigre! -exclamó la liebre veloz.

El tigre se levantó de un salto y gritó:

-¿Dónde, cómo, qué, para quién y de quién?

-Para el tigre -dijo la liebre.

-¡Ah, pues el tigre soy yo! ¡Traiga, traiga!

Bailó de alegría encima de la mesa,  
encima de la silla, encima de la cama,  
encima del sofá.

Se leyó la carta de arriba abajo  
y de abajo arriba.



De repente volvía a tener ganas de hacer de todo  
y peló las cebollas, coció patatas.  
Barrió la habitación y la vida era hermosa.

Encendió un buen fuego en la estufa y recogió perejil  
en el huerto para el rico pescado de la cena.

Y cuando el oso volvió a casa,  
prepararon una agradable velada,  
cenaron pescado con patatas calentitas  
y bebieron agüita de la fuente.

Y después de cenar tan a gusto  
organizaron una fiestecilla  
con música a todo trapo y bailoteo.  
Uno tocaba el violín-cucharón  
y el tigre, el contrabajo-palo de escoba.

Cuando el topo feliz oyó a lo lejos  
aquella música tan bonita,  
fue corriendo a visitarlos.



Y bailó con su bastón encima de la mesa  
un vals de enamorados a media luz.



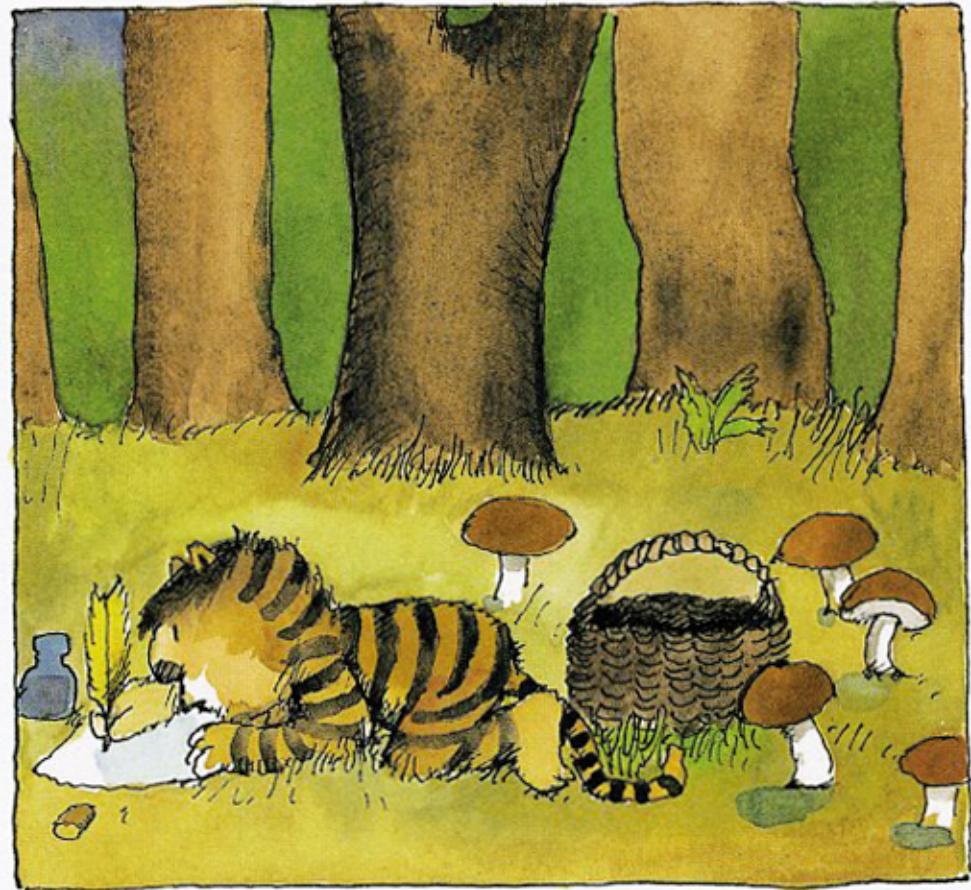
-¡Hoy es el día más feliz de mi vida!  
-gritó el pequeño tigre.

Y no era mentira.

Por la noche el pequeño tigre despertó  
al pequeño oso y dijo:

-Antes de que te duermas, quería decirte  
una cosa: mañana desea *tú* recibir correo.  
Así puedes llevarte una alegría tú también.  
Una vez yo, una vez tú.  
Hala, buenas noches.

Al día siguiente el pequeño tigre cogió  
la cesta de las setas, el frasquito de tinta azul,  
la pluma y el papel de carta y se fue al bosque.



Ese día escribió *él* una carta al pequeño oso:

«Amigo y oso querido:  
Por la presente te escribo una carta para que te alegres.  
Espero que nos veamos pronto. Hoy vamos a cenar setas  
estofadas con mantequilla. Las estoy viendo crecer aquí al lado.  
Un beso cariñoso de tu querido amigo tigre.

«Espérame».

Y a partir de entonces todos los días eran así.  
Una vez escribía el pequeño oso al pequeño tigre  
y al siguiente al revés.

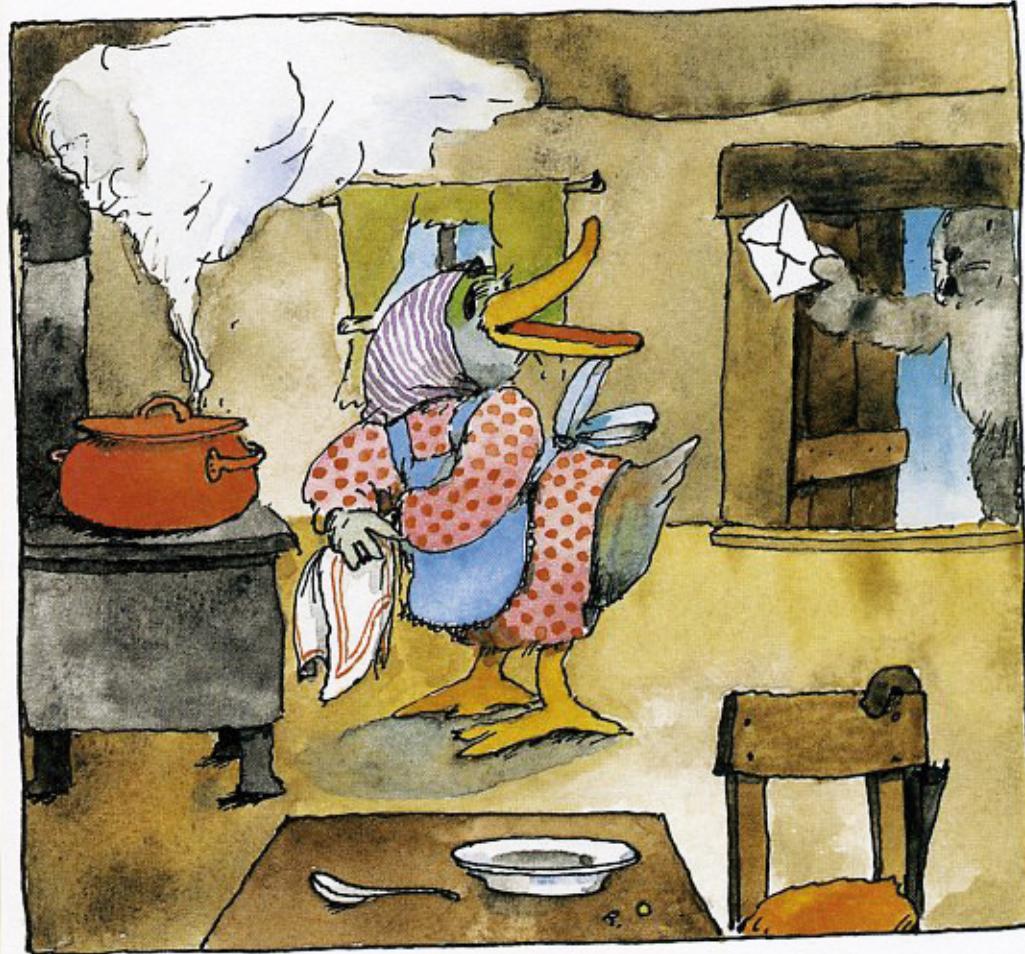
Y la liebre veloz hacía de cartera.

Un día por la noche el pequeño tigre  
despertó al pequeño oso y le dijo:

-Pues ahora podíamos escribir también  
a la tía oca. Para que también ella  
se lleve una alegría, ¿sí?

Así que al día siguiente  
enviaron una carta a la tía oca.

«Abrazos, que te vaya bien y qué tal todo.»



Entonces la oca escribió a su primo el erizo.  
Y el erizo, al hombrecillo narigón.



El elefante quería escribir a su mujer,  
que estaba en África.

-A África no puedo ir corriendo  
-dijo la liebre veloz-. Tendría que ser  
por correo aéreo. Hasta allí  
te llevará la carta la paloma mensajera.



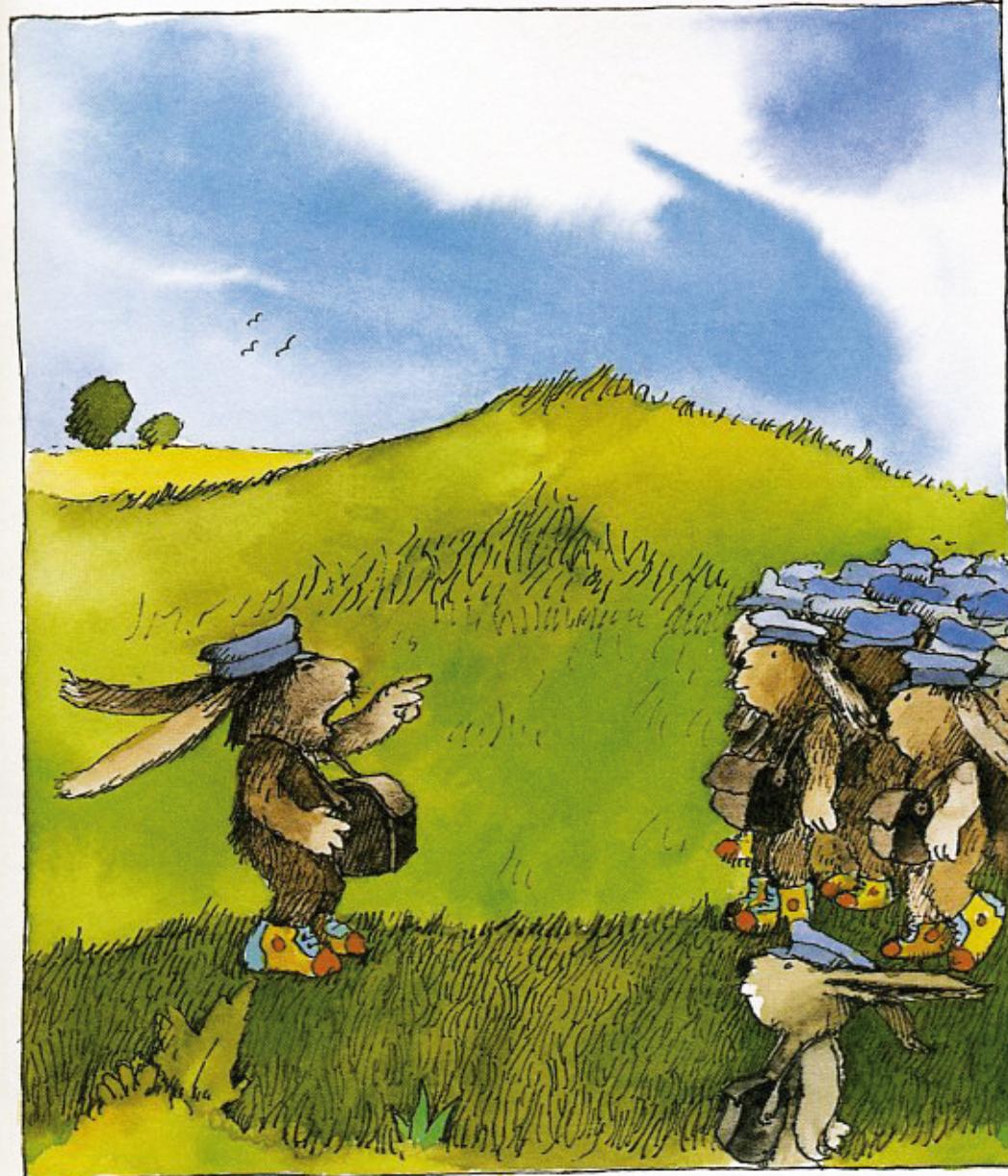
Y como de repente todo el mundo quería escribir cartas, la liebre veloz no daba abasto ella sola, así que puso a trabajar de carteras a las otras liebres del bosque.

-Tenéis que ser rápidas y silenciosas -les dijo-. No podéis leer las cartas ni contar a nadie lo que ponen.  
¿Entendido?

-¡Entendido! -exclamaron las liebres con los zapatos veloces puestos, y quedó todo claro.

Después se colgaron buzones de correos en todos los árboles para que las liebres no tuviesen que ir recogiendo las cartas casa por casa.

Y los pintaron de amarillo.



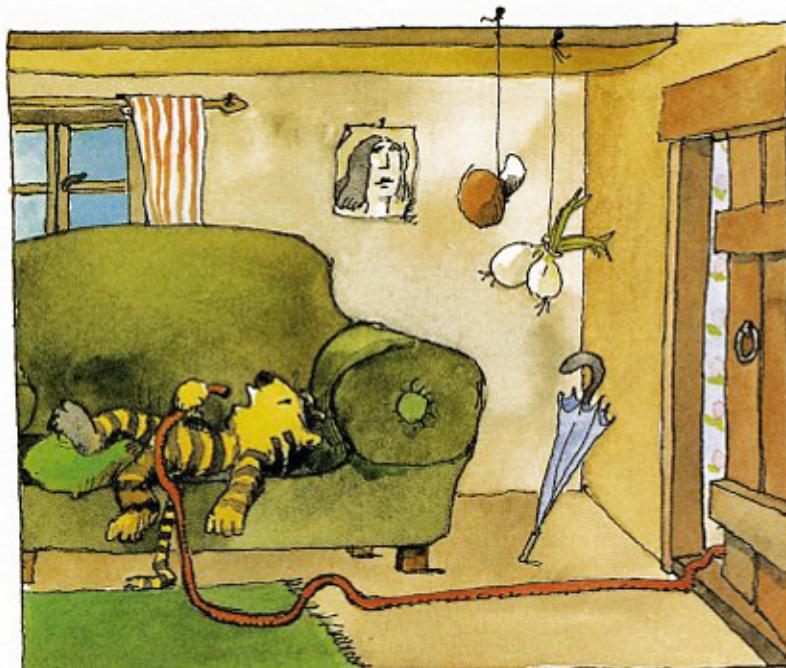


Un día el pequeño tigre dijo:

-Pero, oso, cuando estás en el salón, no sabes qué solo me siento en la cocina.

Y entonces pusieron una manguera de jardín de un lado al otro. Un teléfono interior.

-¿Se me oye? ¿Oiga? ¿Me oye usted?  
¿Quién es?



-El señor oso al aparato. Se le oye perfectamente.

-Pues también podemos poner otro teléfono que cruce el río -dijo el pequeño tigre-, así no tendré que pasarme la vida escribiendo cartas.

Y lo pusieron. Un cable submarino.





-Y si tuviésemos un teléfono como este por debajo de la tierra -dijo el pequeño tigre-, podríamos llamar a la tía oca a la otra punta del bosque y hablar con ella.

Entonces los topos excavaron una red subterránea de conversación telefónica por cable. De aquí a allí y de acá a allá, por todas partes.

-Hola, tía oca, soy tu pequeño tigre. ¿Me oyes, tía oca? Sí, soy yo, el tigre que tiene por detrás una colita de tigre, tu sobrino.

-¡Y yo el oso! -gritó el oso-. ¡Tigre, dile que yo también estoy aquí!

El elefante llamó a la centralita.

-Aquí centralita. Aquí centralita.

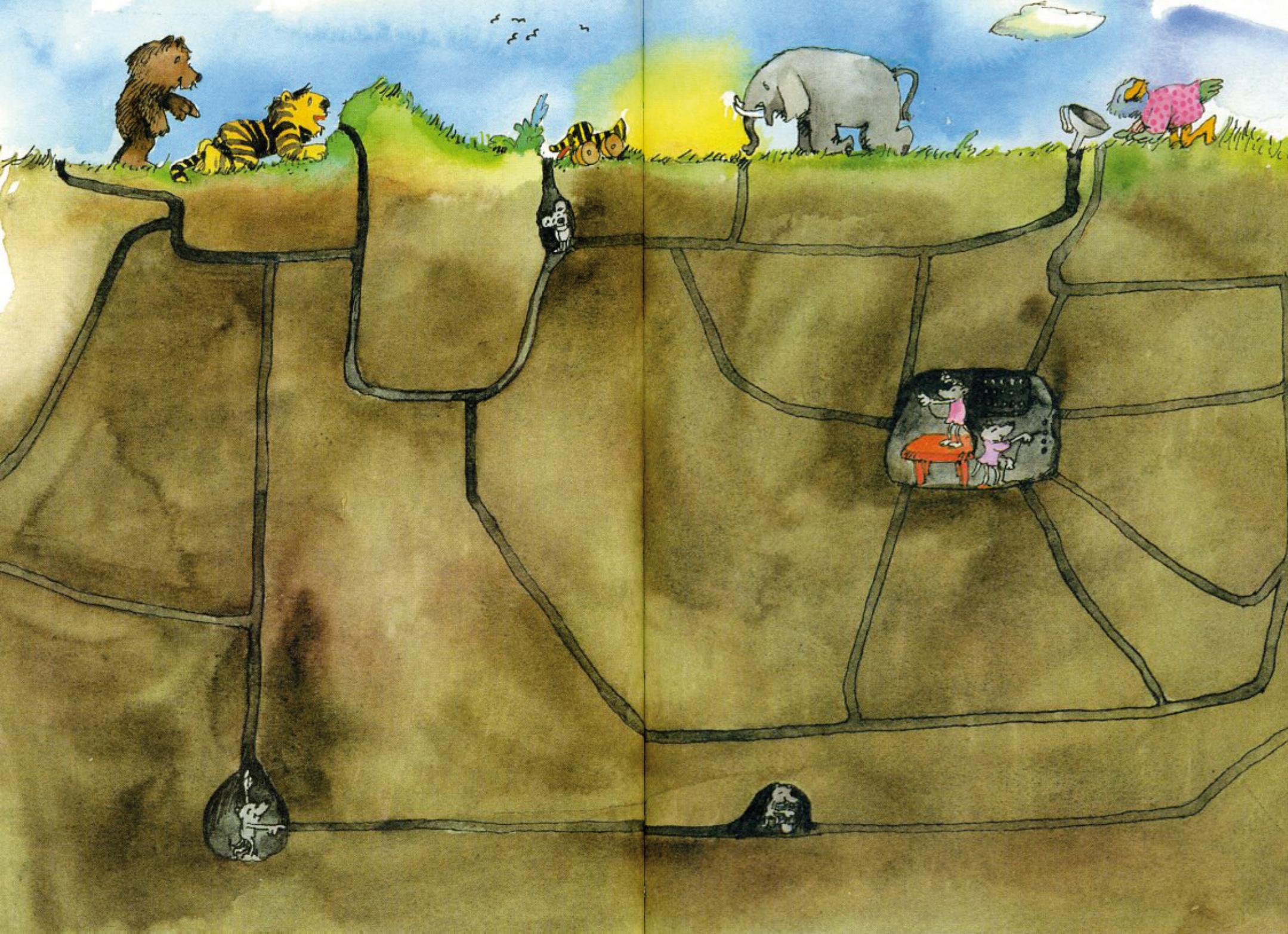
¿A África? No, me temo que con África no es posible establecer conexión.

Corto.

-No pasa nada -dijo el elefante-.

Escribo por correo aéreo y listo.





Y así todos los habitantes del bosque y del río podían escribirse cartas los unos a los otros, y quien quisiera podía hablar a distancia con su novia.

-Ay, oso -dijo el tigre-. ¿A que la vida es increíblemente hermosa? ¿A que sí?

-Sí -dijo el pequeño oso-, de lo más increíble y de lo más hermosa.

Y tenían bastante razón, ¡qué caramba!



libros para soñar

ISBN 978-84-92608-10-2



9 788492 608102